

Están sentadas la una frente a la otra en dos sillones de respaldo bajo y con reposabrazos de madera. Ante ellas, sobre una mesita, hay un televisor del tamaño de un viejo monitor de ordenador, y está encendido, pero ninguna de las dos mira la pantalla. Tienen los ojos cerrados y la cabeza vencida a un lado. En la calle, un emigrante toca en el acordeón uno de aquellos vales con los que, antaño, los recién casados inauguraban el baile tras el banquete de bodas.

Las otras dos están en la habitación contigua, un dormitorio, tendidas en una cama de matrimonio y con la mirada fija en el techo. Las cuatro visten con sencillez, con ropa barata como la que venden en las tiendas de los barrios humildes. Tres de ellas llevan chaqueta de lana negra, porque llovizna y hace fresco. La cuarta luce un vestido pasado de moda, con un estampado de florecitas silvestres. Las dos mujeres que están en la salita llevan medias gruesas y zapatos negros planos. Las otras dos, como buenas amas de casa, han dejado sus zapatillas junto a la cama y se han acostado sólo con las medias.

Kula pasa por mi lado, mira a las mujeres de los sillones y se santigua.

—¿Qué más nos queda por ver? —se pregunta.

El piso, que está en la segunda planta de un edificio en la calle Eólidos, en el barrio de Egaleo, no tiene más de sesenta metros cuadrados. La salita y el dormitorio dan a la calle, mientras que la cocina y el pequeño cuarto de baño lo hacen a un patio de luces.

Me acerco a la mesa cuadrada de madera, cubierta con un mantel bordado, y vuelvo a leer la nota:

«Somos cuatro mujeres jubiladas, solas en el mundo. No tenemos hijos ni perros. Primero nos recortaron la pensión, nuestra única fuente de ingresos. Después tuvimos que buscar a un médico privado para que nos recetara nuestros medicamentos, porque los médicos de la Seguridad Social estaban de huelga. Cuando por fin conseguimos las recetas, en la farmacia nos dijeron que no servían, porque la Seguridad Social les debe dinero, y que tendríamos que pagar las medicinas de nuestro bolsillo, de nuestra pensión recortada. Nos dimos cuenta de que somos una carga para el Estado, para los médicos, para las farmacias y para la sociedad entera. Nos vamos, así no tendréis que preocuparos por nosotras. Con cuatro jubiladas menos, mejorarán vuestras condiciones de vida».

La nota está escrita con letra clara y redonda. Al lado dejaron sus carnés de identidad. Ekaterini Sejtaridi, nacida el 23 de abril de 1941. Anguelikí Stazopulu, nacida el 5 de febrero de 1945. Lukía Jaritonidu, nacida el 12 de junio de 1943. Vasilikí Patsi, nacida el 18 de diciembre de 1948.

Stavrópulos, el forense, sale del dormitorio en el instante en que los paramédicos llegan para retirar los cadáveres. Se acerca a mí mientras se quita los guantes de látex.

—Supongo que no tienes ninguna duda de que se trata de un suicidio —me dice.

—No lo dudo. ¿Cómo lo hicieron?

Se encoge de hombros.

—La autopsia nos revelará cómo, pero dado que no hay heridas de bala ni cortes en las muñecas, no queda otra hipótesis que el veneno. No sé si te habrás fijado, pero en la cocina hay una botella de vodka medio vacía.

—¿Se han suicidado emborrachándose con vodka? —pregunto sorprendido.

—No. Debieron de usarlo para ingerir los somníferos. Es la manera más segura de morir en paz mientras duermes. ¿Has leído la nota que han dejado?

—Sí.

—En este caso, ¿tiene algún sentido el suicidio, señor Stavrópulos? —pregunta Kula.

—Lo tiene. Los gastos del entierro correrán a cargo del erario público. A falta de familiares, la Administración tiene la obligación de enterrarlas. Es la única manera de sacarle pasta a esta mierda de Estado —le espeta Stavrópulos y se va.

—Comisario, ¿y qué hacemos ahora nosotros? —pregunta Kula.

En realidad, no tenemos nada que hacer y yo lo único que quiero es salir cerrando la puerta detrás de mí. Es posible que me haya acostumbrado a ver cadáveres después de tantos años, pero una cosa es el cadáver de una víctima de asesinato y otra muy distinta los cadáveres de cuatro mujeres jubiladas, de entre sesenta y tres y setenta años de edad, que han puesto fin a su vida voluntariamente.

—¿Quién las ha encontrado? —le pregunto.

—Una conocida, una vecina que no vive lejos de aquí. Llamó a la puerta pero no le abrieron. Le extrañó, porque Vasilikí Patsi siempre estaba en casa por la mañana. Volvió al poco rato y tampoco le abrieron. Entonces se alarmó y llamó a un cerrajero. Al abrir la puerta las encontraron.

—¿Dónde está ahora esa mujer?

—La he enviado de vuelta a su casa en un coche patrulla. Tengo su dirección y también la del cerrajero. Si necesitamos algo, sabemos dónde encontrarles. —Reflexiona un poco antes de añadir—: Pero, pensándolo bien, ¿qué podríamos necesitar?

Me doy ánimos y decido echar un último vistazo al piso; más que nada, por deformación profesional. Le digo a Kula que ya puede irse. Pero Kula no me contesta y empieza a seguirme de cerca, como un juguete al que han dado cuerda.

No veo nada en la salita de estar, de modo que me dirijo al dormitorio. Los paramédicos ya se han llevado a las dos jubiladas muertas. Al menos, nos ahorramos el espectáculo.

En el armario ropero hay dos vestidos, dos faldas y un abrigo. En los cajones hay ropa interior, tres blusas y dos jerséis, todo doblado con esmero.

Salgo del baño y voy a inspeccionar la cocina. Encima del

mostrador de mármol está la botella de vodka medio vacía y, arriba, en el armario, hay cuatro platos, cuatro vasos, dos tazas, una cacerola y unos cubiertos. La vivienda está como los chorros del oro, como si Vasilikí, que vivía en ella, hubiera querido entregarla impecable.

En la puerta de entrada nos topamos con una cuarentona raquítica.

—Soy la casera —anuncia sin darnos siquiera los buenos días—. Eleni Grigoriadu.

—Ya puede vaciar el piso. Hemos terminado —le digo, porque sé que eso es lo que quiere oír.

—Vasilikí me debía el alquiler de seis meses. ¿A quién se lo reclamo? ¡No tenía familiares!

Me parece que sobran las respuestas y me dispongo a bajar las escaleras, seguido de Kula.

—¡Yo vivo de los alquileres, no tengo otros ingresos! —grita a nuestras espaldas—. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Suicidarme yo también?

—Ésta tendría que haberse casado con mi padre —dice Kula cuando llegamos a la primera planta.

—¿Por qué?

—Porque están hechos el uno para el otro: sólo piensan en sí mismos. A mi madre, que se preocupaba por todos nosotros, la envió a la tumba.

En la calle se ha congregado un grupo de mujeres que observan en silencio las ambulancias que se alejan bajo la llovizna. Dos de ellas, con los brazos cruzados, lloran desconsoladas. Las demás miran las ambulancias sin decir palabra. Nos disponemos a subir al Seat cuando se nos acerca una de las dos mujeres llorosas.

—Keti Sejtariði era mi maestra en la escuela del barrio —dice antes de prorrumpir en sollozos—. Allí trabajó hasta que se jubiló. Eran tiempos de mucha pobreza.

—¿Acaso no lo son ahora? —grita otra mujer—. Mi hijo se pasa el día delante del ordenador, buscando trabajo por Internet como un loco. Lo miro y me pregunto qué hará cuando nos corten el teléfono, porque ya no podemos pagar las facturas.

Kula, tras lanzarme una mirada, se dirige a la mujer que solloza:

—Voy a decirle una cosa. —Habla en voz alta para que todas puedan oírla—. No sufrieron. Las cuatro murieron mientras dormían.

—Algo es algo —suena una voz al fondo.

El emigrante que tocaba el acordeón se ha refugiado bajo el toldo de una tienda de electrodomésticos, ha dejado de tocar y observa la escena.

Arranco el motor y un poco más adelante giro a la izquierda, para salir a la calle Tebas y, de allí, a Petru Rali. Pasamos por delante de unos cubos de basura. Dos negros, metidos en los cubos hasta la cintura, buscan comida con desespero.

